

LOS HALCONES, LAS PALOMAS Y LAS CORNEJAS DE PEKÍN *

DONALD ZAGORIA

QUIENES SE especializan en la China Comunista parecen estar de acuerdo en que los problemas fundamentales de la “Revolución cultural” tienen que ver más con la política interna que con la política exterior. Si bien es cierto que los asuntos domésticos son muy importantes con relación a la lucha por el poder en China, hay dos razones primordiales para considerar cuestiones de política exterior. En primer lugar, es bastante obvio que la política norteamericana en Vietnam sirvió de catalizador para hacer estallar las divergencias políticas que ya existían desde hacía mucho tiempo entre los dirigentes chinos, especialmente en lo que concierne a las relaciones entre China y la Unión Soviética y al margen de riesgo que puede permitirse la primera al enfrentarse a los Estados Unidos. En segundo término, debido a que Mao considera que sus opositores son “revisionistas” sometidos a la influencia ideológica soviética, y a que piensa que esta influencia es un anatema para el porvenir de la Revolución china, ha llegado en algunos aspectos a calificar a los rusos de peores enemigos que los norteamericanos.

Antes de proseguir con la política exterior de la “Revolución cultural” y su relación con Vietnam, haré algunos comentarios generales sobre los orígenes y la naturaleza de la convulsión que está sufriendo China desde 1965, para luego establecer el marco general dentro del que debe estudiarse la política exterior de China.

La conmoción china actual es el resultado de la interacción de tres procesos. Primero, el intento —único en la historia moderna— de promover una revolución desde arriba. Éste es un esfuerzo patético de Mao y de algunos de sus seguidores, en

* Este trabajo se preparó originalmente para una conferencia sobre la política exterior china, auspiciada por el Centro de Estudios Políticos de la Universidad de Chicago.

contra de casi toda la burocracia del Partido y de los intereses creados, por mantener a China en fermento y evitar el cambio (Mao diría degeneración) que es destino inevitable de todas las revoluciones. Segundo, una lucha prematura por el poder para determinar qué y quién sucederá a Mao. Y finalmente, una división de opiniones profundamente arraigada entre los dirigentes chinos sobre cuestiones básicas de la política tanto exterior como interna.

Ya que la lucha por el poder es el aspecto más obvio y comentado de la crisis, no me ocuparé de él excepto para decir que la mayoría de los dirigentes importantes y casi todos los de provincia, un grupo considerable de profesionales dentro del Ejército, casi todos los dirigentes culturales y educativos, los economistas y tecnócratas, se oponen a Mao y a su heredero, el mariscal Lin Piao. Puesto que el Partido y el Ejército son las dos instituciones principales que representan el poder en la China Comunista y en vista de que los intelectuales y los profesionales tienen una importancia esencial en cualquier país —particularmente en los subdesarrollados—, la oposición a Mao es evidentemente muy fuerte; tanto así, que los canales burocráticos normales del poder dentro del Partido y del Gobierno no son ya instrumentos en los que Mao pueda confiar. Éste se ha visto obligado a recurrir a instrumentos no burocráticos, como las Guardias Rojas y los comités de la “Revolución cultural”, creados especialmente en las fábricas, las granjas y las escuelas, en un esfuerzo por purgar —o por lo menos “re-educar”— a la oposición, para sustituirla por un nuevo grupo de dirigentes más jóvenes y ortodoxos.

En efecto, Mao intenta desalojar —o por lo menos frenar— a la actual *élite* política y económica chino-comunista, y de reemplazarla con comités revolucionarios extraídos de los segmentos “más puros” de la sociedad. Estos nuevos comités de la “Revolución cultural” se convertirán en organismos permanentes, electos y constituidos por las masas según el modelo de las comunas parisinas, paralelamente a las burocracias regulares del Partido y del Gobierno en toda China. Al crear estos organismos para retar a la burocracia, Mao desea institucionalizar una revolución nacional permanente que mantenga vivo el fermento revolucionario aun después de su muerte, y que evite la

consolidación de una nueva clase privilegiada formada por los burócratas rojos.

Mao es, en realidad, una figura trágica. Después de haber sido un revolucionario durante casi toda su vida y de haber vencido obstáculos enormes en su camino hacia el poder, sigue siendo un revolucionario, un ideólogo dedicado a rehacer la sociedad china y a reformar al hombre chino, confiado en que la voluntad humana puede vencer todos los problemas, por insuperables que parezcan.

Esta fe en la posibilidad de cambiar la naturaleza humana es totalmente marxista. La decisión del Comité Central del 8 de agosto de 1966 señala que la Revolución cultural consiste en “conmover a la gente hasta llegar a sus almas”. Su propósito es revolucionar la ideología popular. En otras palabras, Mao está convencido de que para llevar a cabo el enorme cometido de industrializar a China, no sólo son necesarios los incentivos materiales, tales como bonos o más altos salarios, sino también la transformación del hombre mismo. Éste es el elemento del maoísmo que ha tocado todas las cuerdas sensibles de muchos marxistas occidentales que se habían desilusionado con Rusia desde hacía mucho tiempo.

Los evangelios maoístas, tal como lo ha señalado I. F. Stone, se parecen a las primeras homilias cristianas. A *la memoria de Norman Bethune* urge a los seguidores de Mao a aprender el “espíritu del desprendimiento absoluto” del cirujano canadiense que sirvió primero a los leales en España, y después a las guerrillas comunistas chinas. En la parábola de *El viejo tonto*, Mao se propone demostrar que la fe mueve montañas. Sencillamente cree que si logra movilizar a la gente mejor dotada, de tal manera que trabajen juntos por algo más que por ellos mismos, bajo el impulso del fervor revolucionario podrán “adelantarse” en el siglo xx y eliminar el atraso.

Para casi todos sus seguidores exasperados —y para la segunda generación de burócratas que ahora sustituye a la que hizo la revolución— el llamado de Mao a cien años de lucha y sacrificio que permitan crear una nación de superhombres y que elimine la especialización, parece una locura senil. Han visto el fracaso del Gran Salto Hacia Adelante de 1959-1961; están cansados de campañas ideológicas y de la movilización

en masa; quieren poner fin a la Revolución Permanente y crear la normalidad burocrática.

Lo que Mao no entendió —y se lo hubiese podido decir cualquier político científico occidental— es que, dentro del proceso de modernización, los ideólogos hacen posible todas las revoluciones de la era moderna y los burócratas y pragmáticos las devoran después. Los revolucionarios se guían por ideales nobles y la idea de una nueva sociedad que reemplace la anterior; los que las consolidan, se guían por las exigencias del poder, por las esperanzas de progreso de su propio pueblo, por la necesidad de construir y por las leyes económicas más que por la retórica de su ideología.

Al promover la guerra contra los burócratas y los tecnócratas, Mao está luchando inútilmente, desde la retaguardia, en contra de todas las tendencias naturales de la sociedad china a establecerse y concentrarse en el arroz más que en la revolución —para lograr la estabilidad, el orden y una economía racional.

Así, es posible que Mao gane la batalla, pero sin lugar a dudas perderá la guerra. Su enfoque revolucionario está condenado eventualmente al fracaso. Mao sueña con lo imposible; carece del apoyo necesario de la burocracia para realizar sus sueños, y ni siquiera las masas campesinas —que debido a sus problemas socio-políticos y a su gran fervor nacionalista, suscitado por los invasores japoneses, lo apoyaron hace veinte años— están dispuestos a seguirlo ahora que pide una generación o más de lucha y sacrificio. El maoísmo tiene poca importancia para las necesidades actuales de la sociedad china.

Los problemas de Mao con la oposición —deberíamos decir con las oposiciones—, deben verse dentro de este contexto, abarcan tanto la política interna como la externa. ¿Debe adoptar China unas medidas económicas internas más pragmáticas y graduales, aun cuando esto implique un ritmo más lento de industrialización y la creación de un nuevo estrato social privilegiado que sirva de base al revisionismo? ¿Debe China abandonar su política exterior ultra-revolucionaria y volverse hacia sí misma, aun cuando esto suponga la aceptación de medidas políticas soviéticas que han sido anatemas en el pasado? ¿O debe tratar de normalizar sus relaciones con los Estados Unidos, aun cuando esto implique la aceptación temporal de la

presencia norteamericana en Asia —particularmente en Taiwan— que China ha considerado intolerable en el pasado? ¿Es actualmente Rusia el principal enemigo de China?

He aquí las preguntas de actualidad; existen diversos puntos de vista sobre ellas. Desde 1949 —cuando los chino-comunistas tomaron el poder— no había habido un debate tan amplio sobre las diversas alternativas políticas básicas.

El debate sobre la política exterior

En el análisis que sigue, exploraré los puntos de vista sobre la política exterior de tres grupos diversos dentro de la *élite* china: “halcones, palomas y cornejas”. Creo que han ganado las cornejas, o con mayor precisión, los maoístas. Ellos han derrotado tanto a un grupo de militares profesionales que deseaban una línea de acción más fuerte en Vietman, como a un grupo más débil dentro del Partido, que quería volcarse hacia dentro y concentrarse más en el desarrollo de la economía china que en gastar las energías del país en promover revoluciones en el extranjero y en enfrentarse a las dos grandes potencias a un mismo tiempo. El último grupo puede llamarse “los racionalistas”, porque quieren introducir planes económicos más moderados y reales que los de los maoístas.

El deseo de reconciliarse con Moscú era común a ambos grupos de la oposición: los militares de línea fuerte y los “racionalistas”. Los primeros (dirigidos por Luo Rui-qing, anterior jefe del Estado Mayor), querían esta reconciliación porque sentían que la “acción conjunta” con Rusia era esencial para frenar tanto el avance norteamericano en Vietnam como un posible ataque a China, o bien para pelear contra los Estados Unidos en caso de que fracasara lo primero. Los militares profesionales son en China, desde hace mucho tiempo, el grupo más importante que aboga por un fuerte vínculo con los rusos, tal como lo ha confirmado hace poco el diario *Ejército de Liberación*. De 1953 a 1958, los militares querían mantener la unión con Rusia para “regularizar” y “modernizar” el ejército chino, y particularmente, para lograr la capacitación nuclear. En 1959 fue purgado el Ministro de Defensa chino, mariscal Peng Teh-huai, porque quiso evitar que se agudizara aun más el rompimiento con Moscú. En 1965 el mariscal Luo Rui-qing,

jefe del Estado Mayor, abogó por la reconciliación con Moscú y fue purgado. Éste es el hecho que intento analizar en las siguientes líneas.

El persistente interés del ejército en mantener relaciones estrechas con Moscú, no es difícil de entender. Busca estos vínculos por razones estratégicas y por su interés en adquirir armas modernas. Sólo la selección del momento oportuno para su reciente pelea con el Partido requiere una breve explicación. La salida de Jruschov en octubre de 1964, y la guerra norteamericana a Vietnam del Norte en marzo de 1965, dieron al ejército la oportunidad de presionar para obtener el restablecimiento de las relaciones con Rusia. Sus dirigentes arguyeron que un acercamiento de este tipo era posible y necesario. Posible, porque los nuevos dirigentes soviéticos no eran revisionistas como Jruschov; habían demostrado buena voluntad al no reanudar las polémicas abiertas contra China, y habían ofrecido un programa de acción conjunta para defender tanto a China como a Vietnam del Norte del ataque norteamericano —el programa prometía apoyar a China y evitar la victoria norteamericana en Vietnam.

Los de línea suave se interesan en el acercamiento a Moscú por otras razones. En primer lugar, por su deseo de concentrarse en la industrialización de China. Probablemente calcularon que el acercamiento facilitaría la renovación de la ayuda soviética, que fue tan importante para el rápido crecimiento económico de China de 1952 a 1959. Dicen sus propios acusadores que una de los lemas de este grupo fue: "Hay que construir y no destruir."

Los cargos contra esta facción indican su énfasis en los asuntos internos. Ellos abogaban por medidas revisionistas que impulsaran y revitalizaran la economía del país; que promovieran la expansión de complotos privados y el libre mercado para los campesinos y admitían la ganancia como principio económico en las empresas menores. También se oponían a la movilización masiva, a un desarrollo económico demasiado rápido, y a experimentos socio-económicos radicales —como los que se adoptaron durante el Gran Salto en 1959—, basándose en que ese frenesí impediría la industrialización china. Su santo y seña era la racionalidad económica y política a la cual contribuiría una política exterior moderada.

En resumen, este grupo representaba una facción bujarinista en China, preparada evidentemente para hacer grandes concesiones tanto a los enemigos locales como a los extranjeros, en nombre de la industrialización. Mientras los militares profesionales veían en la reconciliación con Moscú un preludio necesario para endurecer las medidas tomadas contra los norteamericanos, este grupo probablemente la entendía como un medio para normalizar las relaciones con los Estados Unidos, y para facilitar la industrialización.

En ambos casos, evidentemente, los opositores estaban preparados para hacer grandes concesiones a Moscú. Entre otras cosas, estaban dispuestos a no retar a la hegemonía soviética en el movimiento comunista internacional; a suspender las polémicas abiertas contra Moscú y a no minar la autoridad soviética en el Tercer Mundo.

La facción central, victoriosa, guiada por Mao, Lin Piao y Chou En-lai, es más bien antisoviética. Considera a los rusos y al revisionismo ruso —en algunos aspectos— como un enemigo mayor que los norteamericanos. Rechazó la demanda militar de una política fuerte en Vietnam, porque esto hubiese acrecentado los peligros de una guerra con los Estados Unidos y supondría una reconciliación temporal con Rusia en los términos de ésta. La facción maoísta, antisoviética, creía que la lucha contra el revisionismo, tanto en casa como fuera, debería tener prioridad sobre todo lo demás, inclusive sobre la guerra en Vietnam y la lucha contra los Estados Unidos.

En lo que concierne a Vietnam, esta facción dominante ha rechazado los constantes ofrecimientos moscovitas de una "acción conjunta" que incluye la propuesta de estacionar aviones soviéticos en los campos de aviación del sur de China y destacar tropas soviéticas en Vietnam del Norte. Los maoístas desacreditan todos estos ofrecimientos diciendo que se trata de trucos para establecer la influencia soviética en Hanoi, hecho que prepararía el camino para vendérselo a los norteamericanos. Ha rechazado, además, el esfuerzo de los comunistas japoneses quienes, apoyados por Corea y Vietnam del Norte, quieren comprometerse con todos los detalles de la "acción conjunta", para presentar un frente unido comunista en Vietnam —posición intransigente que ha forzado las relaciones de

Pekín con los comunistas asiáticos, incluso con los norvietnamitas.

En lo que concierne a los Estados Unidos, esta facción central sigue considerando al "Imperio norteamericano" como su principal enemigo, pero cada vez crece más su idea de la Unión Soviética como un crecimiento canceroso dentro del comunismo internacional, que debe ser extirpado si se quiere derrotar al imperialismo estadounidense. De otro modo, se expandiría el revisionismo, que ha llevado a la "restauración del capitalismo" en Rusia y ha minado seriamente al Partido chino.

A diferencia de los "halcones" militares, la facción maoísta rechaza cualquier acción en Vietnam que aumente los riesgos de una guerra con los Estados Unidos. Por ejemplo, ha indicado específicamente que peleará sólo si los Estados Unidos atacan a China. Además, ha advertido a Vietnam del Norte y al Vietcong —desde que se inició la intervención masiva norteamericana— que se prepararan para una larga guerra de agotamiento para la cual no deberían esperar ninguna ayuda sustancial de otros estados comunistas, inclusive China, y que el Vietcong debería estar a la defensiva hasta que cambiara el equilibrio de fuerzas. Contrario a los moderados, esta línea de acción maoísta se niega a comprometerse en Vietnam. Le advierte a Vietnam del Norte que no admite negociaciones. Creyendo, como cree, que China debe iniciar una larga guerra fría, tanto con Rusia como con los Estados Unidos —que podría llevar a una guerra abierta en cualquier momento— este grupo aboga por la preparación ideológica para la lucha prolongada en dos frentes. Éste parece ser uno de los propósitos de la Gran Revolución Cultural Proletaria.

El hecho de que esta facción, victoriosa e importante en Pekín, sea en algunos aspectos más antisoviética que antinorteamericana, ha preocupado mucho a los rusos. Después de un hiato de dos años en sus polémicas contra Pekín, en octubre de 1966 empezaron a disminuir sus ataques contra China. Esto fue después de la plenaria del Partido chino, cuando las facciones prosoviéticas fueron derrotadas totalmente. Las últimas actuaciones rusas indican que Rusia está preparándose para una larga lucha contra China.

Moscú está particularmente alarmado ante la posibilidad de que la mejoría de las relaciones chino-norteamericanas dete-

riore las chino-soviéticas. Sin lugar a dudas, a Moscú le preocupa la posibilidad de que los Estados Unidos puedan establecer relaciones con China, facilitando con esto la tendencia china a concentrar su fuego en el flanco ruso. Quiero examinar las consecuencias de este desarrollo después de presentar la evidencia que apoya las interpretaciones que acabo de esbozar.

*Los "halcones": acercamiento a Rusia, línea fuerte
sobre Vietnam*

La lucha entre los "halcones" (profesionales militares) y los maoístas, acerca de Vietnam, culminó en algún momento entre febrero de 1965 —cuando los norteamericanos empezaron a bombardear Vietnam del Norte— y noviembre del mismo año —cuando Luo Rui-ting, jefe del Estado Mayor, fue visto por última vez en público. La extensión y la intensidad de esta lucha fue sugerida por el periódico militar *Ejército de Liberación*, cuando observó, en agosto de 1966, que desde 1949 había habido "tres grandes batallas contra representantes de la línea militar-burguesa que se había infiltrado en el Partido y en el Ejército". La tercera "gran batalla —decía el editorial— se ha llevado a cabo recientemente". En ella quedaron expuestos representantes de la burguesía que habían "usurpado puestos importantes en el Ejército". No se mencionó a Luo o Lo, pero toda vez que se le purgó como jefe del Estado Mayor —junto con otros oficiales militares de alto rango— es indudable que se trata de uno de los usurpadores.

El mejor esquema de los puntos de vista de Luo Rui-ting se encuentra en un artículo que escribió en mayo de 1965, poco después del bombardeo norteamericano de Vietnam del Norte y medio año antes de su desaparición en noviembre de 1965. A pesar de que las ideas están expresadas en la forma esotérica que emplean los comunistas en sus polémicas con los camaradas, su significado es bastante claro.

El artículo condena ostensiblemente las lecciones que pueden derivarse de la segunda Guerra Mundial a los veinte años de haber concluido ésta. Como es bien sabido por los estudiosos de la política comunista actual, estos artículos no se escriben para la historia, sino que casi siempre tienen interés

actual. La pertinencia política del artículo de Lo se debe a otro que escribió, para la misma ocasión, el grupo editorial del periódico del Partido, el *Diario del Pueblo*. Ambos aparecieron juntos en la *Revista de Pekín*. Las diferencias entre ellos son sorprendentes.

De maneras distintas, Lo propugnaba la unidad con Rusia y una línea fuerte en Vietnam. Utilizó la analogía con Munich para arremeter contra el apaciguamiento. El *Diario del Pueblo* rechazaba la unidad con Rusia, seguía una línea suave respecto a Vietnam, y temía menos los peligros del apaciguamiento.

El enfoque de los problemas difiere en numerosos aspectos. En primer lugar, esto es evidente en el nivel cuantitativo. Mientras el *Diario del Pueblo* destacaba el alegado papel perjudicial, tanto del imperialismo estadounidense como del revisionismo soviético, Lo daba mucha más importancia a los males del primero. En su artículo, aproximadamente veintidós párrafos advierten sobre los peligros del imperialismo norteamericano, mientras que sólo tres denuncian el revisionismo moderno. En el *Diario del Pueblo* la proporción fue de catorce a doce. Una vez más, en el artículo de Lo había sólo cuatro referencias específicas al “revisionismo de Jruschov” y cuarenta y una al imperialismo estadounidense, en tanto que el periódico se refería específicamente al “revisionismo de Jruschov”, o “al de sus sucesores”, veintisiete veces contra treinta y hacía sólo tres referencias al imperialismo norteamericano.

En esencia, el artículo loísta aboga por la reconciliación con Rusia, encaminada a evitar un ataque norteamericano a China, y el progreso de los Estados Unidos en la guerra de Vietnam. El *Diario del Pueblo*, sin embargo, argüía que un acercamiento de este tipo no era posible ni necesario. Las diferencias entre estos dos artículos son tan grandes que es inconcebible que puedan ser accidentales.

Sobre la necesidad y posibilidad de una reconciliación con Rusia

1. Aunque Lo advirtió que las actuaciones de los revisionistas modernos ayudaron al imperialismo norteamericano y que China debe oponerse a ellas de manera implacable, no

condenó específicamente el principio de la "acción conjunta". El *Diario del Pueblo* definió a la "acción conjunta" como una estafa diseñada para lograr la hegemonía mundial soviético-norteamericana.

2. Lo especificó que un factor vitalmente importante en la victoria de la segunda Guerra Mundial fue la creación de un "frente unido con la Unión Soviética, que tenía al proletariado del mundo como fuerza principal". Esto implica claramente que la victoria en la próxima guerra mundial —si ésta llegara— requeriría también un frente unido. Por otro lado, el *Diario del Pueblo* destacó la tremenda vitalidad del sistema socialista y la de los dirigentes stalinistas, como los factores más importantes en la derrota de Hitler por los rusos. Implicó que el sistema socialista chino y el liderato maoísta podrían lograr lo mismo para China si se desarrollara una guerra chino-norteamericana.

3. Lo evitó sistemáticamente el uso de la frase "los sucesores de Jruschov" en sus escasos ataques a la política soviética. Criticó sólo a los "revisionistas modernos como Jruschov", dejando así abierta la posibilidad de que no todos los dirigentes soviéticos actuales sean revisionistas. El *Diario del Pueblo*, en muchos puntos, agrupó a Jruschov con sus sucesores. Aunque son "más hábiles", decía el periódico, dependen de la línea revisionista de Jruschov.

4. A pesar de que tanto Lo como el *Diario del Pueblo* se refirieron favorablemente a Stalin, utilizaron su símbolo con propósitos diferentes. Si uno sustituye "Mao" por Stalin, la importancia de estas diferencias es sólo aparente. Lo dijo que una de las contribuciones mayores de Stalin fue que analizó "correctamente" la situación de su momento, identificó las contradicciones principales en el terreno mundial, y fue "por lo tanto, capaz de adelantar el *slogan* correcto de un frente unido anti-fascista... con la Unión Soviética y el proletariado mundial como su fuerza principal". En resumen, si Mao pudiese tan sólo analizar correctamente la situación mundial presente, también reconocería la necesidad de un frente unido con Moscú. El *Diario del Pueblo*, sin embargo, utilizó a Stalin para demostrar que su liderato infalible, antes y después del estallido bélico, hizo posible la victoria rusa. Además, dijo que fueron únicamente los revisionistas —como Jruschov— los que

buscaban manchar las grandes hazañas stalinistas, argumentando que Stalin “no fue un gran jefe sino un ‘idiota’”. Sólo ellos trataron de disminuir o eliminar el papel de Stalin en la guerra. Queda implícito que en la China actual, si se pone en duda el rechazo de Mao a la política de un frente unido, se es revisionista como Jruschov.

5. Lo llegó casi a decir que un ataque norteamericano a China podría evitarse únicamente si ésta se reconciliaba con Moscú, mientras que el *Diario del Pueblo* apuntaba a una gran variedad de factores que detenían a los norteamericanos. Así, Lo decía que los planes norteamericanos de agresión bélica se frustrarían “siempre que nos unamos al campo socialista y a las fuerzas antimperialistas del pueblo en todos los países, y sepamos utilizar las contradicciones del campo imperialista”. (Nótese el orden.) El *Diario del Pueblo*, por otra parte, concluyó que los Estados Unidos “están en una posición estratégica mucho peor que la de Hitler en su tiempo” y que “les es mucho más difícil desatar una guerra mundial”. Destacó la lucha de los “pueblos revolucionarios y de los países amantes de la paz”, como las fuerzas principales de contención. El *Diario del Pueblo* no dijo nada acerca de la necesidad de unificar el campo socialista, excepto su argumentación de que esa unión es imposible mientras el Soviet continúe aliándose con el imperialismo de los Estados Unidos.

Sobre la política apropiada en Vietnam

1. Ambos, Lo y el *Diario del Pueblo*, advierten que no se debe poner las esperanzas de paz en negociaciones y acuerdos que los imperialistas pueden romper en cualquier momento. Lo le da mucho más peso a esta lección que el periódico. Advirtió que la firme oposición a cualquier “política tipo Munich” es una de las lecciones principales (él señala siete) de la guerra anti-fascista. Dedicó cinco párrafos a precisar los daños del apaciguamiento; de disfrutar ilusiones basadas en juramentos o en “palabras bonitas”; de poner las esperanzas de prevenir la guerra en tratados y/u otros acuerdos. Además, su advertencia no suponía un ataque al revisionismo, sino a “nuestros tratos con los imperialistas y reaccionarios”. El *Diario del Pueblo*, por otra parte, no tomó en cuenta el peligro del apaciguamiento,

que fue una de las cuatro lecciones principales que sacó al revisar las experiencias de la guerra antifascista. Menciona, de paso, el riesgo de tratar de evitar la guerra descansando excesivamente en negociaciones; y señalaba, en seguida, que los revisionistas de Jruschov podrían ser susceptibles a esta política peligrosa. En resumen, Lo evidentemente estaba advirtiendo que ciertos dirigentes chinos y otros de Vietnam del Norte, junto con los revisionistas, corrían el peligro de querer apaciguar a los imperialistas. Su voz de alerta en contra de un posible apaciguamiento iba dirigida, probablemente, a los chinos, norvietnamitas y dirigentes rusos que pensaban en la posibilidad de negociar una solución tipo Laos para la guerra de Vietnam, en una nueva conferencia de Ginebra, e iban en contra de los dirigentes chinos que se hubiesen inclinado por aceptar las declaraciones de Estados Unidos en las cuales negaban su intención de ampliar la guerra de Vietnam o de atacar a China.

2. Probablemente se cuidaba también de cualquier paso chino que se alejara de una confrontación con Estados Unidos sobre Vietnam. Es interesante hacer notar que Lo prometió específicamente que “seguiremos sosteniendo y ayudando al pueblo vietnamita independientemente de que el imperialismo estadounidense bombardee o no nuestro país o amplíe o no la guerra”. Por otro lado, el *Diario del Pueblo* hizo sólo una declaración muy general de que “la obligación [sic] internacional de todas las fuerzas revolucionarias... es sostener y ayudar al pueblo vietnamita en su lucha...”. Decía relativamente poco sobre lo que China podía hacer para ayudar al pueblo vietnamita, pero hablaba de lo que “todas las fuerzas revolucionarias” mundiales podían hacer. Más tarde, éste sería uno de los temas principales en el famoso discurso del mariscal Lin Piao en septiembre de 1965, discurso que —como trataré de demostrar— se proponía ser la respuesta del grupo Mao-Lin Piao al reto lanzado por Lo Rui-ting y sus aliados.

Sobre los preparativos para una guerra con los Estados Unidos

La imagen loísta de una guerra futura con los Estados Unidos era muy distinta de la del *Diario del Pueblo*. Lo le dedicó toda una sección a la “defensa activa” como “la única

estrategia correcta para la lucha de los países socialistas contra las guerras de agresión imperialistas". Esto significaba: "búsqueda estratégica para destruir al enemigo"; "erradicación enérgica de sus posesiones"; "defensa de las ciudades y de otros lugares"; "sostenimiento de todos los levantamientos armados anti-fascistas de la gente de otros... países"; "cooperación estrecha entre los diversos servicios armados, entre los cuales las fuerzas terrestres, especialmente la infantería, son las más importantes". Ésta, decía, fue la lección histórica de la segunda Guerra Mundial.

El *Diario del Pueblo*, por otra parte, argüía que la segunda Guerra Mundial se ganó por medio de una "guerra del pueblo". "Fue el pueblo, y no los fascistas con su superioridad militar, el que probó ser realmente poderoso." En otro sitio escribió: "Con un liderato correcto, de acuerdo con una línea correcta, el pueblo se fortalecerá gradualmente y se hará poderoso en la lucha; cambiará gradualmente el equilibrio de las fuerzas, y al final, derrotará a los agresores fascistas. La guerra justa del pueblo está destinada a triunfar." En síntesis, mientras Lo proponía con urgencia que se hicieran los preparativos para repeler un ataque norteamericano, mediante una variedad de medios convencionales, el *Diario del Pueblo* destacaba la eficacia de la guerra de guerrillas.

Una andanada mayor contra el revisionismo que se desató a mediados del mes —en ella los dirigentes chinos arguyeron en contra de cualquier compromiso con Moscú— indica claramente que el hecho de la posible reconciliación con Moscú estaba aún vivo —aunque fue rechazado ese mismo mes. El artículo se llamó, significativamente, "Hay que llevar hasta el fin la lucha contra el imperialismo de los Estados Unidos." No puede haber mejor símbolo de la diferencia entre los dos puntos de vista. Los dirigentes militares veían en los Estados Unidos al enemigo principal, frente al cual era necesario unirse con Rusia, mientras que el grupo central del Partido veía a Rusia, por lo menos, como un enemigo tan grande como los Estados Unidos.

La advertencia del Partido de no dejarse "incautar" por las "palabras melosas" de Rusia reflejaba la vitalidad de los puntos de vista de Lo Rui-ying en junio. "La pregunta con que tienen que confrontarse los comunistas chinos hoy —decía— es

si se debe llevar la lucha contra el revisionismo de Jruschov hasta el final, o si hay que pararla a mitad de camino." El artículo seguía explicando cómo "últimamente, los nuevos dirigentes del PC soviético habían estado pregonando en voz alta palabras melosas como 'unidad' ". Los marxistas-leninistas, sin embargo, no deben dejarse llevar por tales palabras. "En nuestra lucha contra los revisionistas, debemos capacitarnos para bregar tanto con sus tácticas fuertes como con las suaves; debemos atrevernos a resistir toda su presión y debemos negarnos a que nos desvíen sus *palabras bonitas*." (El subrayado es mío.) El artículo seguía en este tono defensivo y aseguraba que la flexibilidad era importante; pero que "sería erróneo ejercitar una flexibilidad sin principios que sirviera de pretexto para crear ambigüedad y confusión en cuestiones básicas". "Abandonar nuestra posición basada en principios y acomodarnos o ceder a los revisionistas de Jruschov", sería un "error histórico grave".

Claramente, algunos dirigentes chinos pedían una mayor flexibilidad al tratar con los rusos, y solicitaban esfuerzos para detener la disputa chino-soviética en algún punto intermedio.

Para apoyar esta interpretación puede encontrarse más evidencia en un artículo de los departamentos editoriales combinados del *Diario del Pueblo* y *Bandera Roja*, que apareció a mediados de noviembre de 1967, o más o menos cuando el mariscal Lo fue visto en público por última vez. Todo el artículo estaba dedicado a la defensa de una posición que no se comprometiera con Moscú. En primer término, argumentaba que no podía haber una "unidad sólida" sin que se luchara contra el revisionismo. Negaba que China, al luchar contra el revisionismo, estuviera destruyendo la unidad —como le reprochaban algunos. Mao estaba buscando meramente la unidad en un plano más alto —sin los rusos. En segundo lugar, el artículo perseguía acabar con la idea —que aparentemente sostenían algunos— de que los rusos fuesen sinceros en sus ofrecimientos de una acción conjunta en Vietnam. Entraba en numerosos detalles para señalar que los rusos estaban simplemente utilizando los *slogans* de "acción conjunta", para aumentar su influencia en Hanoi y así ayudar a que los Estados Unidos encontraran el camino para salir de Vietnam, y para recuperar su influencia dentro del Movimiento Comunista Internacional. Por último, el artículo explicó totalmente por qué era impo-

sible detener la polémica abierta. Era necesario llevar el debate “hasta el final”, porque “a mayor número de polémicas, más alto el nivel de la conciencia revolucionaria”. Pero la razón más importante era que si China suspendía las polémicas abiertas —o se equivocaba en su lucha contra Moscú—, esto equivaldría a dejar de lado los esfuerzos de largo tiempo por establecer una coalición de partidos comunistas pro-chinos, anti-soviéticos y “puros” —esto es, por todo el mundo. Según el artículo, la adopción de un camino intermedio significaría que el partido chino no quedaba en libertad para sostener o reedificar fuerzas revolucionarias auténticas por todo el mundo; que eran, de hecho, para retar la hegemonía soviética en el mundo revolucionario. El artículo continuaba rechazando el punto de vista —sostenido por algunos— de que se tomaran formas limitadas de acción conjunta contra los imperialistas en Vietnam y otras partes. Después de todo, el Partido Chino cooperaba frecuentemente con nacionalistas burgueses en la realización de propósitos limitados y aun con imperialistas anti-norteamericanos cuyas perspectivas ideológicas no compartía. ¿Por qué, entonces, no podía cooperar con Moscú en la realización de propósitos limitados?

“Algunos se preguntan por qué los marxistas-leninistas y los pueblos revolucionarios no pueden actuar en unión con los nuevos líderes del PC de la URSS, y sin embargo, pueden unirse con personajes del estrato más alto de los pueblos nacionalistas, y luchar por el logro de una acción conjunta con ellos en la lucha antimperialista; y pueden incluso explotar las contradicciones entre los países imperialistas en su lucha contra los Estados Unidos.” Los maoístas contestaron que la oposición al imperialismo de los Estados Unidos era el criterio principal para decidir si era posible comprometerse en una acción conjunta con otros. Rusia reprobó en el examen.

Según el periódico del Partido, Rusia siguió haciendo “tratos” con los Estados Unidos sobre proliferación nuclear, para ayudar a los indios reaccionarios, y para utilizar las Naciones Unidas como una “bodega de intercambio” para dominar al mundo junto con los Estados Unidos. En resumen, era posible, de tiempo en tiempo y “en grados diversos”, unirse con Marruecos, la RAU, o Francia, para debilitar a los Estados Unidos, pero la unión con los rusos era imposible. Sin lugar

a dudas, muchos opositores encontraron débil este argumento. Pues, si bien es cierto que Moscú y Washington comparten algunos intereses solapados, también lo es que Mao ha sobrestimado continuamente el grado y propósitos de esta cooperación entre Rusia y los Estados Unidos para sus intenciones polémicas. El argumento prevaleció.

Como el peligro de una confrontación chino-norteamericana sobre Vietnam, aumentaba diariamente durante el verano y el otoño de 1965, se hizo cada vez más claro que los grupos poderosos dentro de los militares profesionales pedían una reconciliación con la Unión Soviética y, además, la disminución del dominio del Partido dentro del Ejército. La extensión del control del Partido dentro del ejército chino había sido un problema crónico desde que el comunismo llegó al poder. El creciente peligro de guerra y las diferencias entre los puntos de vista sobre cómo enfrentarse mejor a la amenaza norteamericana habían agudizado el problema como nunca.

El 1º de agosto, trigésimo octavo aniversario de la fundación del Ejército de Liberación del Pueblo (ELP), el mariscal Ho Lung tomó como lema el de la “tradición democrática del Ejército de Liberación del Pueblo Chino”. Lo que Ho Lung quería decir con “democracia” era la subordinación de los militares profesionales al Partido. Sugería esto cuando afirmaba:

... La historia del Ejército, durante décadas, prueba que, siempre que cualquier unidad mina o debilita el sistema de Comités del Partido, inevitablemente desarrolla una tendencia a la jefatura militar que se caracteriza por la arbitrariedad individual y mina... la supremacía del Partido sobre el Ejército...

Ho advertía, sobre todo, del peligro del “oportunismo de izquierda” —que pretendía la abolición del sistema de comités del Partido en el Ejército. Aun más, insistía en que la “democracia” era “totalmente factible bajo las condiciones de un equipo y de una guerra modernos”. No era cierto —como insistían aquellos que tenían un “punto de vista burgués sobre los asuntos militares”— que en una guerra moderna “sólo se podía depender de aquellos comandantes y expertos técnicos que habían recibido un entrenamiento profesional estricto”.

Durante todo el final del verano y comienzos del otoño en 1965, Washington y Pekín intercambiaron amenazas ominosas. Washington estaba decidido a advertirle a Pekín que si la guerra en Vietnam se convertía en una situación tipo Corea, China sería atacada y no habría escapatoria. Pekín trató de convencer a Washington de que no se intimidaría con tales amenazas. Así lo señaló en una declaración del gobierno chino, el 7 de agosto de 1965:

Nosotros, los 650 millones de chinos, le hemos prometido repetidas veces al pueblo vietnamita todo nuestro apoyo y ayuda, inclusive mandar a nuestros hombres, según sus necesidades, a pelear con ellos hombro con hombro, para sacar a los agresores estadounidenses. Una vez más volvemos a advertir a estos agresores: ¡Nosotros, los chinos, cumplimos lo que prometemos!

Una semana antes, el mariscal Luo Rui-qing se había referido específicamente a la advertencia de los Estados Unidos de que no permitiría ninguna escapatoria esta vez —como la hubo en Corea— y dijo que los Estados Unidos se equivocaban si juzgaban mal la fuerza y la determinación de los chinos. En la penúltima aparición suya en público antes de ser purgado, Luo advirtió que si los Estados Unidos imponían una guerra a China, el ELP “no sólo los recibiría hasta el final, sino que los invitaría a llegar en grandes números. Y mientras más, mejor...”. También advirtió que “en el año pasado, además, hemos dominado la bomba atómica material (en oposición a la espiritual), que no poseíamos en el pasado”.

En este contexto —el debate entre los dirigentes chinos más altos sobre cómo enfrentarse mejor al ataque norteamericano a China, y sobre cuán dura debería ser la línea a seguir en Vietnam— apareció el famoso artículo de Lin Piao el 3 de septiembre de 1965. Hay dos interpretaciones populares a este artículo. La primera, que era retórica del cuatro de julio, una profesión de fe más que un documento. La segunda, que estaba destinado a llamar la atención sobre las ambiciones expansionistas de la China occidental, y por lo tanto, podría compararse razonablemente con *Mein Kampf* de Hitler.

Examinemos brevemente la primera explicación. Desde

hace tiempo, los estudiosos de asuntos comunistas contemporáneos, saben que los pronunciamientos principales de los dirigentes comunistas dan las claves importantes para entender la visión y las premisas de que parten esos dirigentes, así como de las diferencias políticas entre ellos. La evidencia que apoya esta creencia nos viene de numerosos excomunistas. Son muchos los estudiosos de la política comunista que, utilizando los discursos y documentos de los líderes comunistas, han podido sugerir interpretaciones que se han confirmado después. Considerar el artículo de Lin Piao —y los de otros dirigentes chinos de su estatura— como profesiones de fe, es ignorar por qué cambia la “retórica” en un período de tiempo, por qué es muchas veces motivo de discordia entre los dirigentes principales, y por qué se acusa frecuentemente a los dirigentes comunistas de haber violado la línea “retórica” vigente.

Declaraciones como las de Lin Piao son, de hecho, la materia política de cualquier estado comunista. Descartarlas, es privarse de una de las pocas armas disponibles para estudiar la política contemporánea en la China comunista, y reducir todas las explicaciones de los fenómenos políticos a “hondos” factores históricos y culturales. Si bien estos últimos son necesarios para una cabal comprensión de la política china contemporánea, en sí mismos son inadecuados para explicar desarrollos políticos específicos, tal como lo ha señalado certeramente Benjamín Schwartz.

También confunde la explicación que equipara la declaración de Lin Piao con *Mein Kampf*. En primer lugar, el artículo de Lin Piao fue, en muchos sentidos, un resumen de lo que los líderes comunistas chinos han estado diciendo esporádicamente desde 1949. Lo menos que puede decirse es que la analogía con *Mein Kampf* llega un poco tarde. Además, desorienta, porque la ecuación entre las ideologías maoísta y nazi evoca el espectro de la expansión —premeditada, militar y territorial— chino-comunista en Asia. Si bien pocos estudiosos de la China contemporánea negarían que la China comunista sea un poder insatisfecho, pocos también afirmarían que China considera la expansión militar como un instrumento muy importante de su política exterior. Ni en la declaración de Lin Piao, ni en la multitud de declaraciones similares en el pasa-

do, hay algo que sugiera las intenciones de China comunista de comprometerse en una expansión militar directa.

China tampoco ha sido culpable —con la posible excepción de su invasión al Tibet— de una expansión militar en los últimos quince años. El ataque a India en 1962 se hizo por objetivos políticos limitados en un territorio en disputa. China nunca pretendió dirigirse a la India en sí. Más aún, los indios —mediante su “política hacia adelante”— habían hecho mucho para provocar la respuesta china. El bombardeo de las islas costeras tenía como propósito forzar la retirada nacionalista de ellas. Los chinos nunca han intentado invadir las islas seriamente, y mucho menos, ir contra Taiwan, conscientes de que esta medida los llevaría a una confrontación con Estados Unidos. Su intervención en Corea fue defensiva. China intervino renuementemente después que el general Mac Arthur cruzó el paralelo treinta y ocho y se dirigió a su frontera de Manchuria. Cualquier estudio cuidadoso de la política exterior de China durante los últimos quince años, tendría que concluir que el interés principal de China ha sido defensivo.

Tercero, la ecuación con *Mein Kampf* no incluye uno de los mensajes clave del artículo de Lin Piao que es uno de los principios básicos de las “guerras de liberación”: los revolucionarios comunistas de todo el mundo deben hacer ellos mismos sus propias revoluciones. Lin Piao estaba lejos de querer demostrar la intención de intervenir agresivamente en Vietnam o en las “guerras populares” de otros pueblos; más bien racionalizaba la voluntad de Pekín de no intervenir directa y masivamente en tales guerras. Reiteraba la idea de lo que los comunistas extranjeros consideran una revolución del tipo “hágala usted mismo”. Su artículo —que no indica ninguna beligerancia por parte de China— es una contestación de “paloma” a los “halcones” militares como Luo Rui-ting, que pedían una política de línea fuerte en Vietnam.

Hay otras dos explicaciones plausibles y no incompatibles, del artículo de Lin Piao. La primera, sugerida por D. Mozingo y T. Robinson, argumenta que Lin Piao se dirigía a Hanoi y al Vietcong. De acuerdo con esta interpretación, él los urgía a realizar una retirada estratégica en vista de la entrada masiva de tropas norteamericanas y de armas de fuego a mediados de 1965, que cambió totalmente la situación político-militar de Viet-

nam. La intervención norteamericana podría dar pie a presiones norvietnamitas para ganar rápidamente la guerra, tratando de pasar de la guerrilla a una guerra convencional, fomentando insurrecciones en ciudades survietnamitas, y otras cosas del mismo tipo. Como respuesta, los chinos pudieron argüir que el Vietcong debería prepararse para una larga lucha y para cambiar a una posición defensiva. Esta medida indica que deben evitarse los encuentros bélicos regulares con las unidades norteamericanas mejor pertrechadas; que debe consolidarse el dominio político en las áreas de base rurales, y tratar de organizar un frente unido anti-norteamericano que incluya a los budistas, las diversas sectas y todos los grupos y estratos que puedan ganarse. Una estrategia así, de retirarse temporalmente y de buscar una guerra prolongada, es la única alternativa ante las pérdidas militares tan costosas a manos de las fuerzas norteamericanas, más grandes y mejor equipadas, que luchan en el Vietcong.

Algunos puntos del artículo favorecen esta interpretación. Primero, el paralelismo obvio entre la situación del Vietcong y la que Lin Piao discutía —el dilema de los comunistas chinos (en 1937) ante la invasión japonesa a una China desgarrada por la guerra civil. Gran parte del artículo de Lin es un esfuerzo por mostrar —mediante el uso de la guerra con Japón como ejemplo— “cómo fue posible que un país débil derrotara finalmente a un país fuerte”, y cómo fue posible “que un ejército aparentemente débil, se convirtiera en la fuerza principal de la guerra”. Segundo, Lin Piao se esfuerza mucho por explicar cómo el Partido Comunista Chino “hizo una serie de ajustes en sus políticas” para unir todos los partidos y grupos anti-japoneses, inclusive el Kuomintang, después de la invasión japonesa. Muchos de estos “ajustes” son importantes para el Vietcong: por ejemplo, el de conciliar a los campesinos ricos y hacer concesiones políticas a los no-comunistas en áreas de bases comunistas.

Tercero, el artículo de Lin Piao claramente advierte que la “guerra del pueblo” debería llevarse a cabo primariamente con los esfuerzos de las guerrillas indigentes, sin depender de la ayuda extranjera —ni aun de países que “persisten en la revolución”.

Cuarto, Lin Piao destaca mucho las virtudes de la guerrilla

—en oposición a las guerras convencionales o a la de movilización— en casos en que el enemigo es más fuerte que los insurgentes. Así, dice que Mao

elevó la guerra de guerrillas al nivel de estrategia porque, si las fuerzas armadas revolucionarias van a derrotar a un enemigo más fuerte, no deberían luchar despreocupándose de los resultados, cuando existe esta gran disparidad de fuerzas. Si lo hacen, sufrirán serias pérdidas y harán retroceder mucho la revolución. La guerrilla es el *único medio* * para movilizar y aplicar toda la fuerza del pueblo contra el enemigo; el único medio para expandir nuestras fuerzas en el transcurso de la guerra, y de agotar y debilitar al enemigo; hay que cambiar gradualmente el equilibrio de las fuerzas entre el enemigo y nosotros; después se podrá cambiar de guerrilla a guerra de movilización, y finalmente, derrotar al enemigo.

Es cierto que Lin Piao no rechazó la guerra convencional o de movilización. “La guerra de guerrilla es básica, pero no hay que perder la oportunidad de hacer una guerra de movilización cuando las condiciones son favorables.” Lin consideraba que la guerrilla era la táctica principal en las primeras etapas de la guerra y ponía en ella mayor interés. La guerra de movilización sólo debe iniciarse en una etapa final de la lucha, *después* de que el equilibrio de fuerzas ha cambiado en favor de los insurgentes y las ciudades están maduras para ella.

En el último período de la guerra de resistencia contra Japón, y durante la tercera guerra civil revolucionaria (1945-49), cambiamos nuestra estrategia; la guerra de guerrilla dejó de ser la forma principal de lucha, y fue sustituida por la guerra de movilización a la luz de los cambios en el equilibrio de las fuerzas entre el enemigo y nosotros. Hacia mediados de la tercera guerra civil revolucionaria, y especialmente durante el último período de ésta, nuestras operaciones se han convertido en una guerra de movilización en gran escala, que incluye el asalto a las ciudades.

* El subrayado es nuestro. D. Z.

Lin parece, pues, recordarle al Vietcong la experiencia chino-comunista de su victoria sobre Chiang Kai-shek entre 1945 y 1949. En 1948, cuando los chino-comunistas habían forzado las fuerzas del Kuomintang a retroceder del campo a las ciudades, y cuando empezaron las deserciones en gran escala del ejército del Kuomintang, los chino-comunistas iniciaron los ataques frontales y convencionales a las ciudades. Sólo entonces consideraron que el equilibrio de fuerzas había cambiado lo suficientemente a su favor como para arriesgarse a estos ataques. Es claro lo que esto implica para los vietnamitas: cuando las tropas terrestres norteamericanas llegaban a Vietnam del Sur en grandes grupos para ayudar a defender las ciudades y para atacar las bases del Vietcong, el equilibrio de fuerzas era poco propicio para una ofensiva del Vietcong.

Más aún, arguyó Lin Piao, lo mismo si se pelea en guenilla que en guerra de movilización, el principio rector que mejor cuadra a las "batallas de aniquilación", es:

Una batalla en que se vence al enemigo no es decisiva básicamente cuando se compite con un rival de mucha fuerza. Una batalla de aniquilación, por otra parte, produce un fuerte impacto inmediato en cualquier enemigo. Herirle los diez dedos a un hombre no es tan efectivo como amputarle uno, y vencer a diez divisiones enemigas no es tan efectivo como aniquilar una de ellas.

Para poder aniquilar al enemigo, es necesario concentrar una fuerza absolutamente superior "en cada batalla" (dos, tres, cuatro, y a veces, cinco o seis veces la fuerza enemiga); evitar las batallas de atrición; concentrarse primero en fuerzas enemigas dispersas o aisladas y sólo después en las tropas fuertes; no pelear a menos que "estemos seguros de ganar". Aun más, es aconsejable que se entreguen ciertas posiciones indefendibles: "Estamos firmemente en contra de dividir nuestras fuerzas para defender todas las posiciones y en montar resistencia en todos los lugares, por miedo a que pueda perderse nuestro territorio..." Esto tal vez sugiere que el Vietcong no debería tratar de defender el populoso Delta, sino retroceder al territorio más difícil de las mesetas centrales.

Quinto, y quizás lo más importante, Lin decía que los revo-

lucionarios que triunfaban tenían que ser capaces de medir el equilibrio de las fuerzas, cuidadosa y apropiadamente, sin ceder ni al derrotismo ni a un ciego optimismo. Siguiendo con el ejemplo de la guerra de China contra Japón, Lin Piao dijo:

Los derrotistas se adelantaron con la afirmación de que China no era contrincante para Japón y que la nación estaba destinada a subyugarse. Los optimistas ciegos se adelantaron con la afirmación de que China podría ganar muy rápidamente sin mucho esfuerzo.

Mientras Lin prevenía contra posibles negociaciones —probablemente favorecido por los derrotistas— también lo hacía contra la persistencia de la ofensiva a la luz de la intervención norteamericana en masa. La advertencia que hizo a Hanoi fue, evidentemente, de retroceder a una defensiva estratégica; concentrarse en la guerra de guerrilla y en tácticas de frente unido, y evitar cualquier acción prematura que pudiera conjurar el desastre. Así atacó repetidamente los puntos de vista del “ala izquierda oportunista” en la guerra civil china. Estos izquierdistas creían que podrían ganar la guerra rápidamente atacando las ciudades; cambiaron precipitadamente a la guerra de movilización; descuidaron el trabajo agotador entre los campesinos; no edificaron áreas de bases revolucionarias en el campo; descuidaron las tácticas de frente unido —y por lo tanto, buscaron el desastre.

Varios aspectos del artículo de Lin Piao son pertinentes a la situación a que se enfrentaron las fuerzas norvietnamitas y del Vietcong a fines de 1965 —particularmente la pregunta fundamental de qué hacer ante un enemigo muy superior: negociar, continuar en la ofensiva militar o meterse en una dura y larga guerra, retrocediendo a la estrategia defensiva para concentrarse en la guerra de guerrillas. Lin parecía abogar por esto último.

Este era un procedimiento que —de adoptarlo— serviría a dos metas importantes de la estrategia china: primero, reduciría los peligros de escalamiento que eventualmente podría provocar un ataque norteamericano a China; segundo, ataría indefinidamente a las fuerzas estadounidenses en Vietnam, a una

larga guerra de atrición con el mínimo de riesgo y compromiso para China.

La audiencia de Lin en Hanoi

Tal vez la mejor indicación de que Lin tenía presentes tanto a Hanoi como al Vietcong es el hecho de que Hanoi primero se mostró indiferente y después lo criticó indirecta, pero individualmente. No hay ningún indicio de que los periódicos o anales de Hanoi publicaran nunca el texto o siquiera partes de su análisis pragmático, o de que los dirigentes norvietnamitas se hayan referido a él siquiera de pasada. Por contraste, sí han hecho referencias persistentes a los escritos del general Giap sobre la guerrilla y a la rica experiencia revolucionaria norvietnamita contra los japoneses y los franceses. Tratándose de un documento tan divulgado, su omisión fue sorpresiva, y constituyó una evidencia *prima facie* de que los norvietnamitas desaprobaban su contenido.

Sin embargo, Hanoi rechazó la advertencia de Lin Piao, en múltiples discursos de los más altos dirigentes norvietnamitas, que fueron pronunciados en una conferencia del Ejército en mayo de 1966 —éstos no se divulgaron sino hasta julio. Otras réplicas a Lin Piao aparecieron en la edición de julio de *Hoc Tap*, el periódico del Partido en Vietnam del Norte. Lo fundamental de los discursos era que Hanoi y el Vietcong podrían derrotar a los norteamericanos si tomaban la ofensiva, y que ninguna experiencia extranjera era válida para unas condiciones que los dirigentes hanoístas conocían mejor.

Le Duan, Secretario General del Partido Lao Dong, apuntó señaladamente en la conferencia —tal como fue transmitido por Radio Hanoi el 26 de julio de 1966— que “no podemos aplicar automáticamente en nuestro país las experiencias revolucionarias de otros”. Como sólo China estaba ofreciendo su propia experiencia, la alusión era clara. Duan destacaba la necesidad de “creatividad” para no olvidar las realidades de la situación vietnamita y para no seguir “mecánicamente... las experiencias de los partidos fraternos”.

La creatividad es un problema muy importante. Sin su espíritu no podemos triunfar en la revolución. No debe-

mos aplicar automáticamente las experiencias revolucionarias de otros países en el nuestro. Nuestra línea de Partido es correcta, porque fue concebida creativamente. Asocia con sagacidad el marxismo-leninismo con las realidades revolucionarias vietnamitas. Nuestro Partido ha estudiado cuidadosamente las experiencias de los partidos fraternos, pero no lo ha hecho mecánicamente. Debemos tener presentes los requisitos de la revolución vietnamita al estudiar estas experiencias. También debemos saber cómo aplicarlas a las condiciones concretas de Vietnam. La creatividad es una manifestación del espíritu de independencia y de autonomía; del patriotismo y de un alto espíritu revolucionario. Si estamos obsesionados con un complejo de inferioridad y con el deseo de apoyarnos en otros, no podemos tener espíritu de creatividad. No somos auténticos revolucionarios. No entendemos el marxismo-leninismo.

Le Duan también contestó al argumento de Lin Piao sobre la retirada estratégica:

No es fortuito que, en la historia de nuestro país, cada vez que nos levantamos para oponernos a la agresión extranjera, tomemos la ofensiva y no la defensiva... Tomar la ofensiva es una estrategia, mientras que tomar la defensiva es sólo una estratagema. Desde el día en que el pueblo survietnamita se levantó, ha tomado continuamente la ofensiva.

Aun durante la reciente temporada de sequía, continuó diciendo, cuando los imperialistas de Estados Unidos llevaron un efectivo de 200 000 hombres a Vietnam del Sur, las tropas sureñas "tomaron la ofensiva, resuelta e incansablemente"; atacaron repetidas veces al enemigo y obtuvieron grandes victorias. Con precisión, hizo notar que "sin comprender al pueblo vietnamita y su historia, uno no podía entender la estrategia y tácticas de su revolución, ni podía dirigir al pueblo vietnamita en su lucha contra el enemigo".

Tomando en cuenta, evidentemente, el argumento de Lin Piao de que un principio básico de la estrategia maoísta era

asegurarse de que siempre estuviera superado numéricamente el enemigo, Le Duan afirmó:

... nuestras tropas y nuestra gente han inventado métodos únicos de tácticas que permiten que una fuerza menor pueda atacar a otra mayor... En combate, hay veces que concentramos una fuerza bastante grande y potencia de fuego suficiente para exceder en número al enemigo por dos o tres a uno, pero también, a veces, triunfamos aun cuando nuestras proporciones son de uno a uno, de uno a diez o aun más. Por lo tanto, nuestro ejército y nuestra gente tienen los métodos, tácticas y técnicas apropiadas para los campos de batalla vietnamitas y para los propios vietnamitas.

Además, sugirió que China mejor debería limitarse a suministrar las armas y dejar la estrategia a Hanoi:

No despreciamos las armas y la tecnología de pueblos extranjeros, pero tenemos que saber cómo aplicar las... técnicas que sean apropiadas para la situación y características de *nuestro* país y para *nuestros* métodos de combate.*

Casi al mismo tiempo que se radiodifundía el discurso de Le Duan, llegó otro fuerte —si bien indirecto— ataque a Pekín, de Nguyen Chi Thanh, un miembro poderoso del Politburó y del Consejo de Defensa Nacional, de quien se rumoraba ampliamente que era el hombre de Hanoi que estaba a cargo de la guerra en el Sur. Al escribir en el número de julio de *Hoc Tap*, Thanh previno a todos en contra del hombre que “citaría profusas experiencias de aquí y de allá para demostrar vagamente que ‘podemos triunfar’, y que, sin embargo, acompañaría todo eso de muchos ‘peros’ —haciendo así incomprensible lo que quiere decir y su propósito”. Pensando claramente en Lin Piao, advirtió que algunos señalaban la fuerza enemiga, no para enfrentarse a ella, “sino para amedrentar a otros, extendiendo así, con o sin intención, el pesimismo...”. Añadía que

* El subrayado es nuestro. D. Z.

los norteamericanos eran más fuertes en algunos aspectos, “pero no tienen, en absoluto, una fuerza sin par...”.

Al evaluar el balance de fuerzas en Vietnam del Sur, Thanh rechazó la idea de que ésta favoreciera al enemigo, después de la llegada de tropas terrestres norteamericanas. Según él, una conclusión de este tipo era “formalista” y no dialéctica. Aunque el enemigo haya aumentado sus fuerzas, “nuestra posición estratégica es mejor hoy que antes...”.

Si sólo miramos al número de la fuerza enemiga... ciertamente la balanza comparativa de fuerzas ha cambiado claramente en favor del enemigo. Sin embargo, ésta es una evaluación hecha de acuerdo con una lógica formalista... Es un hecho que el enemigo ha aumentado considerablemente las tropas, pero nuestra posición estratégica ha sido [es] mucho mejor que antes... la iniciativa en el campo de batalla es ya nuestra...

Thanh catalogó de aventureros a quienes repiten experiencias anticuadas de libros de texto e invocan fórmulas mágicas en vez de examinar las realidades. Al criticar a los que copiaban las “experiencias de países extranjeros”, dijo que los que hablaban de superioridad necesaria de por lo menos siete a uno o nueve a uno eran “adivinos” y no científicos. Y quienes “repiten exactamente en una nueva realidad lo que pertenece a la historia... se aventuran demasiado”.

También dijo que uno no podía arreglar “de una manera anacrónica, la cuestión de las relaciones entre el Delta y la región montañosa y entre las áreas rurales y las ciudades en la guerra revolucionaria del Sur”. Dentro de este contexto particular, esta referencia parece sugerir —como se indicó antes— que los chinos no sólo avisaron a los del Vietcong que pospusieran los ataques a las ciudades y se concentraran en áreas rurales, sino que también sugerían que se pusiera menos atención a la lucha en el muy populoso Delta y se interesaran más por las regiones montañosas inaccesibles.

Los vietnamitas lanzaron otros ataques a las tesis de Lin Piao. En el número de julio del diario militar, *Quan Doi Nhan Dan*, Troung Sen (seudónimo) afirmó que el Vietcong atacaba tanto los lugares vitales como aquéllos en donde el

enemigo era débil. Además, argumentaba que durante la última época de sequía “se hubieran derivado serias consecuencias si hubieran retrocedido a una posición estratégica defensiva”. Al referirse evidentemente a la tesis de Lin Piao de que, para llevar al máximo el atractivo del frente unido, los golpes principales deberían dirigirse contra los norteamericanos y no contra los militares de Saigón, dijo: “Dirigimos nuestros golpes tanto contra los norteamericanos como contra [sus] marionetas.” Concluyó, como otros dirigentes norvietnamitas, que las tropas comunistas deberían mantener la iniciativa a pesar de la intervención norteamericana.

Tales argumentaciones vietnamitas refuerzan la idea de que uno de los objetivos de Lin Piao era Hanoi, y de que los dirigentes hanoístas no tomaron a bien la conferencia de Pekín sobre cómo pelear en las guerras revolucionarias, particularmente en un momento en que los chinos estaban sabotando el esfuerzo bélico norvietnamita, negándose al compromiso de una acción conjunta con los rusos para detener el avance norteamericano. Los dirigentes de Hanoi deben de haber tenido la oportunidad de reflexionar sobre el hecho de que habían sido los primeros comunistas fuera de Rusia que llevaban a cabo con éxito una revolución —proeza que cumplieron en 1945, cuatro años antes de que los comunistas chinos tomaran el poder. No se necesita mucha imaginación para adivinar que el acercamiento chino, pesado y etnocéntrico, había amargado profundamente a Hanoi.

Este último y el Vietcong constituían una misma audiencia para Lin Piao; pero había otra: el ejército chino. Como hemos visto, un punto del debate entre los militares y el Partido Comunista Chino era el mejor medio para enfrentarse al ataque norteamericano —por la guerra de guerrilla, retirándose a bases rurales o montañosas, sacrificando las ciudades chinas o peleando una guerra convencional. Algunas veces los análisis de Lin parecían dirigirse a los generales chinos que querían pelear convencionalmente con los Estados Unidos. Por eso, en un punto dice:

Para aniquilar al enemigo, debemos adoptar la política de tentarlo a que penetre y, planificándolo por propio acuerdo, abandonar ciudades y distritos, para dejar que

entre. Sólo después de haberse dejado entrar al enemigo, la gente puede tomar parte en la guerra de diversos modos y se puede ejercer plenamente todo el poder de la guerra del pueblo. Sólo entonces se le puede obligar a que divida sus fuerzas, asuma grandes responsabilidades, y cometa errores. En otras palabras, debemos dejar que el enemigo se entusiasme, se expanda y quede atascado sin ninguna esperanza.

Lin continúa:

Estamos firmemente en contra de dividir nuestras fuerzas para defender todas las posiciones y en hacer resistencia en todas partes por miedo a que nuestro territorio pueda perderse y se rompan nuestras ollas y sartenes, pues esto ni podrá sacar fuera las fuerzas enemigas ni retendrá las ciudades o localidades.

En otra parte, el mariscal dice:

El pueblo chino tiene definitivamente medios propios para enfrentarse a una guerra de agresión imperialista norteamericana. Nuestros métodos no son secretos. El más importante es todavía la movilización de la gente, la confianza en el pueblo, haciendo de cada uno un soldado en una guerra del pueblo. Queremos decir a los imperialistas de los Estados Unidos, una vez más, que el vasto océano de varios cientos de millones de chinos en armas sería más que suficiente para hundir sus tropas agresoras de pocos millones.

La estrategia de “dejar entrar al enemigo” y ahogarlo en una guerra del pueblo es distinta de la que delineó Luo Ruiqing, quien abogaba porque la infantería china peleara contra los norteamericanos al estilo de la guerra coreana. Luo llamaba a esto “defensa activa”, que significaba “una cooperación muy cerrada entre los diversos servicios armados, de los cuales las fuerzas terrestres, particularmente la infantería, son las principales”.

El artículo de Lin Piao puede entenderse, en parte, como

un rechazo de esta línea fuerte que adelantaron Luo Rui-ting y los militares profesionales —reconciliación con Rusia, una política fuerte en Vietnam, y prepararse para una guerra convencional con los Estados Unidos. Lin rechazaba la cooperación de Moscú advirtiendo al Vietcong que sólo podrían ganar si se preparaban para una guerra prolongada hecha por ellos mismos y arguyendo que la guerra de guerrillas podría absorber un ataque norteamericano a China.

Quizás la diferencia más notable entre las formulaciones de Lin Piao y las más fuertes de Lo en mayo, fue que el primero minimizó el peligro de la confrontación chino-norteamericana en Vietnam e insistió en que los Estados Unidos serían derrotados no por China sino por un número de guerras del pueblo en regiones subdesarrolladas:

Mientras más éxito tenga el desarrollo de una guerra del pueblo en una región determinada, mayor será el número de fuerzas imperialistas que queden allí sujetas hasta agotarse. Cuando se presiona fuertemente a los agresores estadounidenses en un sitio, éstos no tienen otra alternativa que aflojar el puño en otros. . . Todo es divisible. Este coloso del imperialismo de los Estados Unidos puede ser dividido y derrotado. Los pueblos de Asia, África, América Latina y otras regiones pueden destruirlo pedazo a pedazo, algunos golpeando su cabeza y otros sus pies. Por eso, el miedo mayor del imperialismo norteamericano es que se inicie la guerra del pueblo en diferentes partes del mundo. . .

En síntesis, mientras Lo creía que el ejército chino por sí solo podía derrotar a los Estados Unidos, Lin decía que esto podría lograrse con la acción simultánea de los campesinos vietnamitas, peruanos y angoleños.

Aunque hacia septiembre, cuando ya las relaciones chino-soviéticas habían decaído, Luo Rui-ting y sus seguidores habían dejado de lado aparentemente la posibilidad de una "acción conjunta" con Rusia, continuaban con la idea de una línea más fuerte que la de Mao y Lin Piao en Vietnam. Esto lo sugirió Lo en su última declaración en público; al mismo tiempo que Lin Piao habló sobre la "guerra del pueblo".

Lo, aunque arreció su ataque al revisionismo soviético, destacó particularmente la amenaza del imperialismo de Estados Unidos y la urgencia de hacer preparativos para enfrentarse a un posible ataque. Los Estados Unidos, advirtió, “no se reconciliarán con la derrota, y menos aún, se darán por vencidos. Están empeñados en acelerar la guerra en Vietnam y en su amenaza de ampliar la guerra hasta China”. Continuó:

Es posible que el imperialismo de Estados Unidos enloquezca al tratar de salvarse de su destino; debemos tomar esto en cuenta y prepararnos contra la expansión de su guerra de agresión en Vietnam y contra cualquier otra guerra que pueda imponernos. Hay que hacer mil y una cosas. . .

Mientras Lin y otros oradores del régimen hacían claro —como veremos dentro de un momento— que China no intervendría en la guerra a menos que los Estados Unidos atacaran su territorio, Lo exigía preparativos que no especificaba, no sólo contra un posible ataque a China, sino inclusive contra “la expansión de la guerra de agresión en Vietnam”, por parte de los Estados Unidos. Manifiestamente, todavía intentaba acelerar el momento en que China debería intervenir. Esta interpretación está apoyada por su declaración —muy distinta de la del acercamiento “hágalo usted mismo” de Lin Piao— de que China debe “apoyar todavía más efectivamente a los vietnamitas. . . en sus luchas contra el imperialismo de los Estados Unidos”.

Lo descartó el artículo de Lin sobre la guerra del pueblo como un libro de texto bueno en el que “no tengo necesidad de detenerme. . .”. También le rindió el homenaje preciso a Mao arguyendo que lo más importante de entre las mil y una cosas que habría que hacer era mantener en alto la gran bandera roja del pensamiento maoísta. Indudablemente estas tácticas fueron las que un año más tarde precipitaron al periódico militar a observar que los militares más importantes del Ejército “habían enarbolado ‘banderas rojas’ para oponerlas a la bandera roja” y habían coincidido externamente con el pensamiento maoísta mientras se le “oponían encubiertamente”, poniendo por delante los asuntos militares y las técnicas.

Sin embargo, hacia el invierno de 1965, había varias indicaciones del régimen en contra de Lo y el hecho de que no se proponía limitar la ayuda a los vietnamitas ni reducir los riesgos de una guerra con los Estados Unidos. En primer término, las advertencias chinas contra las provocaciones militares —más de cuatrocientas a partir de 1958— aumentaron considerablemente en octubre de 1964, después del incidente del Golfo de Tonkin y nuevamente en abril de 1965, después que comenzó el bombardeo norteamericano a Vietnam del Norte, pero decayeron mucho a comienzos del verano de 1965. Aunque estas advertencias guardan cierta relación con la realidad —en la medida en que los barcos y aeroplanos de Estados Unidos violan incuestionablemente las fronteras chinas según las concibe Pekín— es también claro que los chinos las manipulan con fines políticos. Tal vez la prueba más clara es, como observa el señor Tretiak, que no existe ninguna relación necesaria entre las advertencias serias chinas y las violaciones de parte de los Estados Unidos que registran los chinos. Sin embargo, en este período Pekín lanzó sólo cien avisos serios. El hecho de que tales advertencias decayeran notablemente durante el verano de 1965 y se hayan mantenido bajas desde entonces, parece reflejar la voluntad de Pekín de reducir las tensiones chino-norteamericanas.

Más indicios de esto pueden encontrarse en las declaraciones chinas a partir del invierno de 1965, que aclaran que Pekín no intervendrá en la guerra de Vietnam a menos que China sea atacada. Por ejemplo, en octubre de 1965, el ministro de Relaciones Exteriores Chen Yi declaró: “Si los imperialistas estadounidenses invadieran el territorio chino, tomaríamos todas las medidas necesarias para derrotarlos. Ya entonces la guerra sería sin fronteras.” El premier Chou En-lai, al hablar el 20 de diciembre en una recepción para una delegación del FLN, enumeró una serie de medidas que los Estados Unidos podrían adoptar en Vietnam. Éstas incluyen: bombardear a Haiphong y a Hanoi; bloquear el Golfo de Bac Bo [Tonkin]; bombardear el centro y sur de Laos apoyados por el Pathet Lao; invadir el sur de Laos que es frontera con Vietnam e intensificar los ataques contra Camboya para fijar las fronteras entre ésta y Vietnam del Sur. Nada dijo sobre la oposición china. Añadió que si los Estados Unidos no lograban sus propósitos por estos me-

dios —y ciertamente fracasarían— podrían “ir un paso más allá y extender su guerra de agresión a toda Indochina y China. De hecho, el imperialismo de los Estados Unidos está preparándose para esta eventualidad”. Chou implicó seriamente que China sólo pelearía llegado este punto. Una vez más, el día de Año Nuevo de 1966, el *Diario del Pueblo* expresó en un editorial que era necesario hacer planes para la guerra en gran escala que podrían iniciar los Estados Unidos. “Si los agresores estadounidenses se atrevieran a invadir nuestro país, los sacaríamos fuera resuelta, cabal, total y completamente.” Un editorial de abril de 1966 del mismo diario en cierto modo amplió el reto, al advertir: “Si el imperialismo de los Estados Unidos se atreviese atacar a China, lo mismo en escala limitada que con toda su fuerza, el único resultado sería la total aniquilación de los invasores.” Sin embargo, el reto chino estaba aún condicionado a la posible invasión de los Estados Unidos.

Finalmente, el 13 de mayo de 1966, Chou dijo explícitamente que “China no se tomaría la iniciativa para provocar una guerra contra los Estados Unidos. No obstante, si los norteamericanos la iniciaban, una vez que se encontraran en China no podrían salir de allí”. Chou también advirtió que si la guerra se desatara, no tendría fronteras. “Si ustedes pueden venir del cielo, ¿por qué no podemos nosotros contraatacarlos en la tierra?”

Por lo tanto, se puede conjeturar que hacia el invierno de 1965 los “halcones” habían sido derrotados y se había decidido una política de contención en Vietnam. Se había tomado la decisión de no intervenir directamente en la guerra vietnamita a menos que los norteamericanos atacaran a China de hecho. Probablemente los chinos también habían decidido no dar a los Estados Unidos ningún pretexto para atacar su territorio. Esto explicaría por qué no han usado aviones chinos o bases en el sur de China para ayudar a Vietnam del Norte a derribar los bombarderos norteamericanos. Tal medida, han advertido los Estados Unidos, llevaría a tomar represalias contra las propias bases de acuerdo con la doctrina de “persecución violenta”.

*Los puntos de vista de la oposición del Partido
sobre la política exterior*

Quedan por discutir las posiciones que mantienen sobre la política exterior los dirigentes de la oposición en el Partido, tales como Liu Shao-qi, Deng Xiao-ping y Peng Zhen —todos los cuales fueron degradados durante la Revolución cultural.

Para empezar, es obvio, tal como lo ha destacado el Profesor Uri Ra'anán, que los grupos de Peng Zhen y de Liu Deng tenían ideas diametralmente opuestas sobre la deseabilidad de una reconciliación con Moscú. Peng, como los maoístas, se oponía a esa reconciliación; el grupo de Liu-Deng, como los "halcones" militares, la favorecía. Por lo tanto, parecería bien que a Peng se le purgara más por sus ideas acerca de la política interna —razones de poder, por ejemplo— que por su política exterior, que casi no se distingue de la maoísta.

El mejor indicio de la oposición entre las ideas de Peng Zhen y Deng Xiao-ping sobre la deseabilidad de una reconciliación con Rusia puede encontrarse al comparar los discursos que pronunciaron ambos en el verano de 1965. Por aquel entonces, como hemos visto, la idea de una acción conjunta había sido señalada por Luo Rui-qing. Peng Zhen, en un discurso en Indonesia el 25 de mayo de 1965, hizo uno de los ataques más virulentos que haya hecho dirigente chino alguno a los "revisionistas" soviéticos. En buena parte de su argumentación presagió la "estrategia del Tercer Mundo" que Lin Piao desenvolvería más tarde. Aparte de quejarse del "estrato burgués privilegiado" que había usurpado el poder en Rusia, y de rechazar vigorosamente la idea de que haya habido cambio alguno en la política soviética desde la caída de Jruschov, la parte más significativa de la polémica de Peng fue su contestación a las siguientes preguntas: "¿Acaso ustedes, marxistas-leninistas, no han establecido relaciones muy buenas de frente unido con gente que no es marxista-leninista ni comunista? ¿Por qué no han de poder establecer un frente unido con los revisionistas modernos?" Si bien es cierto que indudablemente los comunistas asiáticos —inclusive muchos en Hanoi— se estaban haciendo estas preguntas, también se las formulaban los militares chinos y los miembros del grupo Liu-Teng.

La respuesta de Peng fue que los rusos "realmente no pue-

den compararse con los antimperialistas ni con los representantes revolucionarios de la burguesía nacional en Asia, África y América Latina y ni siquiera con los antimperialistas y representantes patrióticos de las familias reales y de la nobleza". Éstos eran "objetivamente revolucionarios", mientras que los revisionistas eran "reaccionarios".

El mejor indicio de las ideas contrarias de Deng Xiao-ping sobre el mismo punto, se encuentra en su discurso al Noveno Congreso del Partido Comunista Rumano el 20 de julio de 1965. En éste Deng concentró el fuego contra el imperialismo de los Estados Unidos más que contra el revisionismo soviético. Llegó a decir: "Tenemos apoyo y estímulo internacional constantes de Rumania y de otros *países hermanos*. . . por lo cual les expresamos gratitud de todo corazón." Más aún, Deng concluyó su corto discurso con la predicción de que el pueblo chino siempre marcharía adelante "hombro con hombro" con "los pueblos hermanos del campo socialista". (Para los maoístas y Peng Chen, el término "campo socialista" era ya un anacronismo.) Implicó, además, que hasta sería posible un frente unido con Moscú si por lo menos los rusos se adhirieran a los principios de las Declaraciones de Moscú de 1957 y 1960, orientando las relaciones fraternales entre los partidos. Ésta fue una petición tardía de los maoístas y de Peng, quienes insistían en que la degeneración revisionista en Rusia ya no podía resolverse con charlas sobre la unidad. Finalmente, y esto es lo más importante, Deng dio las razones de su interés por una reconciliación con Moscú:

El pueblo chino está determinado a convertir su país en un estado socialista poderoso con agricultura moderna, industria moderna, defensa nacional moderna y ciencia y tecnología modernas en un período histórico no muy largo. Bajo ningún concepto estamos aislados en nuestra lucha. Tenemos el apoyo internacional constante de Rumania y de otros países hermanos. . . por lo cual expresamos nuestra gratitud de todo corazón.

Al destacar el retraso de China, esta declaración representa, sin lugar a dudas, la razón principal por la cual muchos dirigentes de la oposición —especialmente los que llamamos "ra-

cionalistas” o “revisionistas”— querían una reconciliación con Rusia: porque se daban cuenta de que sólo así podrían conseguir la ayuda necesaria para modernizar a China. La repetición deliberada e inusitada del adjetivo “moderno” en Deng le servía para destacar el retraso de la economía, de la defensa y de la tecnología chinas, y subrayaba la necesidad de llegar a un acuerdo con los rusos.

Evidentemente, muchos miembros del Partido Chino compartían con Deng la idea de que el problema principal a que se enfrentaba China era el de la modernización —y de que ésta podría realizarse mejor mediante la reconciliación con Rusia. Esto puede inferirse de los tipos de ataque que hicieron los maoístas a la oposición durante el curso de la Revolución cultural. La acusaron, entre otras cosas, de querer: reducir la lucha contra Rusia y contra los Estados Unidos; disminuir la ayuda a revolucionarios extranjeros y promover un programa económico revisionista que permitiera un margen mayor de participación a la iniciativa privada y al mercado libre; y que admitía la ganancia como criterio para las pequeñas empresas.

Además, los maoístas claramente intentaban establecer un vínculo entre algunos opositores del Partido y el grupo militar pro soviético. Así, en mayo de 1966, los cargos siguientes se dirigieron contra Wu Han, último alcalde de Pekín, y Teng To y Liao Mo-sha, dos de los ayudantes más viejos de Peng en el comité municipal. El artículo lo acusaba de que sus escritos se habían dirigido “contra la reunión de Lushan” de 1959, en la cual se había purgado a Peng Te-huai, pues pretendían “cambiar las decisiones de esa reunión”. El mensaje del drama de Wu Han, *Hai Jui, cesado de la oficina*, publicado en 1961, era que los “verdaderos oportunistas” deberían volver a “administrar los ‘asuntos de la corte’”. El ataque también criticaba uno de los ensayos de Teng To por defender el “aprender de” y “unirse con” países “más fuertes que el nuestro”, y por argüir que “nos halagaría que un amigo fuese más fuerte que nosotros”. El ataque continuaba diciendo que en un ensayo Teng To había dicho: “Si un hombre con la cabeza hinchada piensa que puede aprender algo con facilidad y le da un puntapié a su maestro, nunca aprenderá nada.” Esto, decía el artículo, era “un ataque vicioso a nuestra lucha contra el revisionismo moderno y una petición de que dejemos entrar a

los revisionistas, permitiendo así, la entrada de los lobos a la casa”.

Los revisionistas chinos querían la reconciliación con Moscú por razones muy distintas a las del ejército. Éstas pueden derivarse de los siguientes cargos en su contra: que abogaban por “liquidar la lucha contra el imperialismo” así como contra los “reaccionarios y revisionistas modernos”; que buscaban una “reducción de la ayuda y apoyo a la lucha de otros pueblos. . .”; y que “nos atacaron como si estuviéramos aislados y haciendo enemigos por todas partes”. En resumen, los revisionistas parecían querer una reconciliación con Moscú; no ponerse duros en Vietnam —como hizo la facción militar— pero reducir el peligro ruso y el norteamericano para China. Una política tal, le hubiese permitido a China concentrarse en su objetivo principal del desarrollo económico interno.

Y de hecho, es claro que el peso del ataque de los revisionistas eran las frenéticas medidas económicas de Mao. Como se ha dicho antes, los revisionistas fueron acusados específicamente de oponerse al Gran Salto Adelante, mientras las comunas fueron acusadas de querer extender los complots privados y los mercados libres, y de utilizar la ganancia como criterio para las pequeñas empresas. Sus talismanes incluían el de “construir y no destruir”.

En síntesis, los cargos sugieren que hubo una oposición moderada al maoísmo, que ya era demasiado fuerte tanto en la política doméstica como en la exterior, dentro del comité del Partido de Pekín, y en general, entre los intelectuales.

Algunos aspectos importantes

Como ya se ha argumentado que la lucha china por el poder ha tenido que ver, en parte, con asuntos vitales de política exterior —particularmente Vietnam—, ahora plantearé una serie de preguntas y ofreceré algunas conjeturas sobre hechos que han ocurrido recientemente en China y su importancia para las relaciones internacionales.

En primer lugar, casi no cabe duda de que en los últimos dos años se desarrolló una gran disputa entre los profesionales del Ejército y los líderes del Partido sobre cómo pelear una guerra contra los Estados Unidos si ésta ocurriese. Según lo

han indicado Morton Halperin y John Lewis, parece ser que el Partido y el Ejército estuvieron de acuerdo en que la primera etapa de un ataque norteamericano incluiría el bombardeo nuclear de los centros principales chinos. El desacuerdo se centró principalmente en cómo enfrentarse a la segunda etapa; una invasión norteamericana por tierra. De acuerdo con los dos analistas: "Básicamente, el Partido propone la confianza en la estrategia de la guerra del pueblo —estrategia que siguió el Partido durante la guerra contra Japón— mientras que el Ejército de Liberación del Pueblo propone que se confíe en las fuerzas militares modernizadas para pelear una guerra de posiciones contra las fuerzas terrestres norteamericanas." Mientras que el Ejército quiso pelear una guerra convencional, más a la ofensiva, el Partido alegó la necesidad de una guerra defensiva en que China soportaría cualquier castigo que los Estados Unidos pudieran infligirle mediante ataques aéreos, y después obligaría a las tropas norteamericanas a que pelearan contra las guerrillas chinas en territorio chino.

Los porqués de las objeciones militares eran muchos. Primero, una estrategia tal le daba mayor importancia a la función de las milicias populares y degradaba la del ejército profesional; los dirigentes de este último miraban con desprecio a los "aficionados" de la milicia. La decisión china de mayo de 1965 —después del progreso norteamericano en Vietnam— de abolir los rangos en el Ejército de Liberación del Pueblo, subraya este cambio.

También implicaba que tendrían que resistir una invasión de los Estados Unidos sin ayuda de la Unión Soviética. Muchos profesionales del Ejército consideraban tontas las razones que tenía Mao para rechazar la ayuda rusa.

Tal medida suponía reconciliar al Ejército más con una estrategia pasiva que con una activa. Pocos ejércitos aceptan un papel así.

Finalmente, suponía el sacrificio de las ciudades y de la población urbana chinas y el retroceso a bases rurales.

Otro punto que merece discusión más amplia es que tanto los "halcones" en el Ejército Chino como los revisionistas en el Partido, pidieron la reconciliación con Moscú. ¿Cuáles eran las perspectivas de cada grupo? Específicamente, ¿por qué los "halcones" creían que podían persuadir a Moscú de ayudarlos

en una política más fuerte en Vietnam, y qué precio estaban dispuestos a pagar por ello?

Hay muchas explicaciones posibles desde la perspectiva militar. Primeramente, como hemos visto, en algún momento de mediados de 1965, Moscú propuso, de hecho, el envío de aviones soviéticos al sur de China y tropas a Vietnam del Norte como parte de la "acción conjunta" con China para defender a Vietnam. Mao y los líderes del Partido rechazaron esta propuesta sobre las bases de que Moscú estaba sólo interesado en sentar las bases para un trato tipo Cuba con los norteamericanos, que le permitiera vender Hanoi y el Frente de Liberación Nacional a estos últimos. Los militares, por otra parte, pudieron muy bien haber alegado —como los comunistas japoneses, norcoreanos y norvietnamitas— que esta interpretación de los propósitos soviéticos era injusta ya que, aun siendo correcta, los soviéticos no podían faltar a su compromiso. Además, tal despliegue de fuerzas soviéticas en China y Vietnam —independientemente de las motivaciones soviéticas— detendría a los norteamericanos. Los militares también pudieron creer que no todos los dirigentes soviéticos eran "revisiónistas" y que algunos querían —si recibían los estímulos apropiados de China— hacerle frente a los Estados Unidos en Vietnam. Pudieron haber argumentado que el Partido Chino debería hacer concesiones a la Unión Soviética dentro del movimiento comunista internacional para obtener su apoyo en Vietnam. Estas concesiones pudieron haber incluido el ofrecimiento para bajar el tono del reto chino a la autoridad soviética en el mundo comunista y en el Tercer Mundo en general, o para eliminarlo.

¿Cuáles eran, pues, las perspectivas de los chinos moderados que deseaban normalizar las relaciones con Moscú? Tal vez ellos creyeron que tal normalización podría llevar a la restauración de la tensión tanto con Moscú como con Washington y que daría a Pekín un respiro, que mucho necesitaba, para concentrarse en su desarrollo económico y para disminuir los gastos de la defensa.

Claramente es ésta la escuela particular de pensamiento que la administración de Johnson espera haber estimulado en China. El vigor con que esta facción ha retado a Mao es un amplio testimonio de su fuerza. Sin lugar a dudas, se volverá a saber de ella nuevamente, cuando muera Mao o se disuelva

la coalición actual que ya va de paso. Hasta podría ser que Lin Piao, el presunto heredero de Mao, se convirtiera en su "Jruschov" y se robara el rayo revisionista una vez que Mao saliera de la escena.

Sobre esta facción es particularmente interesante que podría optar por dejar fuera temporalmente el juego de ajedrez internacional mientras se concentra en la modernización doméstica. Esto daría esperanzas tanto a Washington, que teme una reconciliación chino-soviética a expensas suyas, como a Moscú, que teme un acercamiento chino-norteamericano.

La relación futura entre estos tres grandes poderes, sin embargo, podría evolucionar en una gran variedad de formas. Mucho depende de la política soviética y de la norteamericana y de cómo las interpreta Pekín. Mucho depende de cuándo y cómo terminará la guerra de Vietnam. Claramente, la posibilidad que más importa a Moscú es la de un acuerdo Pekín-Washington, aunque éste sea poco probable ahora. Esto expondría a los rusos a adversarios poderosos en dos frentes. Aunque ésa es la situación actual hasta cierto punto, los soviéticos pueden descansar en el hecho de que sus dos enemigos potenciales están degollándose mutuamente. Cualquier acuerdo chino-norteamericano, no importa lo débil que sea, podría alterar la situación y permitir que una de las dos potencias —o ambas— ejerza una influencia mayor en Rusia.

Hay indicios de que algunos dirigentes de Pekín han pensado esto. A un reciente emisario francés a la capital china, se le dijo que había que respetar a los norteamericanos, aunque eran enemigos, mientras que los rusos eran "traidores" que no podrían ser perdonados nunca. El 6 de septiembre de 1966, el ministro chino del Exterior dijo a una delegación de parlamentarios japoneses:

No atacaremos a los Estados Unidos. De hecho, China no es lo suficientemente fuerte para atacar a Norteamérica. A decir verdad, Norteamérica le teme a China y China le teme, en cierto modo, a Norteamérica. No creo que los Estados Unidos invadirían a la China actual... No adopto una actitud particularmente pesimista respecto a las relaciones entre los Estados Unidos y China.

Comentando estas declaraciones, el periódico del Partido polaco, *Trybuna Ludu*, señaló:

El tono calmado y como de negocios de esta declaración no levantaría objeciones si el CRP fuera a seguir una política de unidad y cooperación con la Unión Soviética y con todo el campo socialista. Sin embargo, a la luz de la política desorganizada del PCC, esta declaración adquiere un cariz algo distinto.

France Presse, comentando la declaración de Chen Yi, observó que ésta confirma indudablemente la opinión de muchos observadores de que China está agudizando su conflicto con la Unión Soviética para preparar el terreno y hacer negociaciones directas con el gobierno de los Estados Unidos.

Obviamente los rusos y algunos de sus aliados occidentales están interesados en desacreditar a Pekín, al decir que los chinos están ansiosos de hacer un trato con los imperialistas norteamericanos. Los chinos han usado, claro está, el mismo argumento para tratar de desacreditar a Moscú. Pero hay evidencia suficiente para sugerir que esto no es una simple polémica y que Moscú está francamente alarmado ante la posibilidad de que si mejoraran las relaciones chino-norteamericanas las chino-soviéticas se deteriorarían. Los rusos no han tardado en observar que las declaraciones chinas recientes tienden a concentrar su ataque en los peligros del revisionismo, mientras que sólo mencionan "de paso" al imperialismo. Ni pasa inadvertido para ellos la fuerte escuela de pensamiento europea —particularmente de la Alemania Occidental— que señala que los Estados Unidos deben suavizar las relaciones con China para imponer concesiones a Rusia.

Sin embargo, para que Pekín pueda aflojar las tensiones con los Estados Unidos ahora, sería necesario que hiciese un cambio grande y de grandes alcances en la estrategia que ha seguido, sin descanso, desde 1958. Ésta ha identificado al imperialismo estadounidense como el peor enemigo de los pueblos amantes de la paz y ha servido de estímulo activo a todos los grupos y países anti-norteamericanos del mundo. Cualquier ajuste sustancial en las relaciones de Pekín con los Estados Uni-

dos separaría al primero de las fuerzas extremadamente anti-norteamericanas en el Tercer Mundo, posición que había cultivado muy asiduamente en los últimos años. Más aún, ya que es poco probable que los Estados Unidos hagan concesiones mayores a Pekín —y quizás ni siquiera menores—, dada la intransigencia actual del gobierno norteamericano, cualquier ajuste de este tipo tendría que hacerse sobre las bases del *statu quo* en el Lejano Oriente, que Pekín considera intolerable.

Finalmente, es obvio que Washington en este momento —y en un futuro previsible— está más interesado en conseguir acomodo con la Unión Soviética que con Pekín. Claro está que Washington sugirió recientemente que una de las razones principales para que continuara su oposición a que China sea admitida en las Naciones Unidas, es su miedo a perturbar las relaciones con la Unión Soviética. Bajo estas circunstancias, se limita el campo de acción para Pekín. Lo máximo que puede esperar cualquier facción anti-soviética en Pekín es algún acuerdo tácito con Washington que le permita continuar su línea anti-soviética y que evite una confrontación sobre Vietnam.

Sin embargo, la forma futura de las relaciones entre los tres poderes es todavía fluctuante. Las realidades presentes de la situación internacional conducen más bien a un entendimiento soviético-norteamericano que a un acomodo chino-soviético o chino-norteamericano. Esta situación podría cambiar fácilmente en circunstancias aún imprevisibles.